



REVISTA DE INSTRUCCIÓN Y MORAL
DIRIGIDA POR

DON JOSE NOVI Y PEREDA

REDACTOR EN JEFE

P. A. CARRASCO Y ALVAREZ

Año VI

Madrid 1.º de Enero de 1883

Núm. 101

SUMARIO

I. La educación: Cartas á una niña.—II. Alfonso I.—III. Al borde del mar.—IV. Nuestro grabado.—V. La emancipación de la mujer.—VI. Á la patria.—VII. A...—VIII. La grandeza de Dios.—IX. El eterno más allá.—X. ¡Pobre Blanca!—XI. La calumnia.

LA EDUCACIÓN

CARTAS A UNA NIÑA (1)

I

LA VANIDAD

QUERIDÍSIMA Amparo: Ya que en tus doce años revelas tal cultura de espíritu que tu conciencia sabe distinguir lo bueno de lo malo, y tu entendimiento penetra el fondo de las cosas, como lo prueban algunos párra-

fos de las cartas que me escribes y el hecho mismo de procurar mi pobre concurso para establecer reglas infalibles de conducta—dice tu bondad sublime—que te permitan caminar con paso firme y seguro por la difícil y tortuosa senda de la vida, quiero acceder á tu súplica, mayormente cuando á ello me obliga un deber sagrado que he de cumplir en todas sus partes, el mandato que me impuso tu jóven y virtuosa madre cuando en sus últimos momentos me dijo con mortal angustia: «Antonio, mi última hora se acerca; te entrego el único preciado tesoro que poseo, mi hija Amparo, que aún no cuenta cinco años de edad; procura hacerla honrada, digna, y sé su verdadero ángel tutelar.....

Después—apénas puedo contener las lá-

desean reunir en un sólo tomo de la Revista la colección de artículos que, con el título arriba indicado, viene publicando el Sr. Carrasco y Alvarez, reproduciremos los dos que vieron la luz pública en números anteriores.

Dicho trabajo ha merecido los más sinceros plácemes á su autor por parte del eminente tribuno é insigne literato Don Emilio Castelar.

grimas al recordar tan conmovedora escena—me ordenó que te condujese á su lado, y cuando, incorporada sobre el lecho, te miró un momento, sonriendo, se alteraron de pronto sus facciones, y pálida, desencajada, temblorosa, te aproxima á su seno, te estrecha fuertemente entre sus brazos y exhala en tu boca el último aliento, como si en un beso ardiente, uno de esos besos á cuya influencia deben apesadumbrarse las estrellas y conmoverse los mundos, quisiera comunicarte su alma, su sér, su vida toda.

Pero, ¡qué nécio soy! En vez de llevar consuelo al corazón, procuro entristecerlo con el relato de lo que justamente consideras como la mayor, quizá la única de tus desgracias. Dispénsame, hija mia, y entremos, desde luego, á desempeñar la noble misión que tú misma me confías al concederme también el dulce y cariñoso nombre de hermano. ¡Cuán buena eres!.... ¡Tú, noble; tú, rica; tú, opulenta, me llenas de distinciones y quieres recibir consejos del que un tiempo fué muy querido en tu

(1) Por complacer á muchos de nuestros suscritores que

casa y ahora tu mejor amigo..... pero amigo humilde que nada vale y á quien sólo anima ya la creencia firmísima de que no le retirarás nunca tu fé, de que siempre has de corresponder dignamente al afecto puro, intensísimo que te profesa, y al vivo interés que le inclina hácia todo aquello que pueda relacionarse con tu futura suerte.

Por eso quiero que abras los ojos á la clara luz de la razón, y escribirte lo que se me ocurra acerca de las cosas del mundo, empleando una forma sencilla y compatible con tu actual estado de ilustración cristiana á la par que de candorosa inocencia. Conviene, sí, que cuando mañana salgas del colegio en que hoy te instruyes y educas (verdadera excepción en su género, porque muchos centros de esta clase, más que para otra cosa, sirven para pervertir y corromper el corazón de los angelitos que en ellos se congregan), sepas á qué atenerte respecto de las costumbres sociales, y conociéndolas, puedas evitar la tentación de caer en ciertos vicios ó defectos, que bastan ellos solos á empañar el brillo de la más perfecta hermosura y que, siendo inherentes á todas las clases en que un abuso lamentable de términos á veces divide á la humanidad socialmente considerada, suelen tomar, sin embargo, carta de naturaleza y pasar como cosa corriente y hasta de buen tono entre algunas damas que pertenecen á la más alta y distinguida clase social, á la clase *aristocrática*, que tanto quiere decir como selecta, pulcra, bien nacida, rica si se quiere, pero de nobles y elevados sentimientos, etc. Seguramente que nadie mejor que tú podrá ostentar, Dios mediante, el honroso título de *dama aristocrática*, si atendemos á lo ilustre de tu nacimiento, á las riquezas que posees, á las egregias virtudes que te adornan y hasta tu soberana hermosura, coronada con el sello del talento que Dios marcó sobre tu frente.

Uno de los caminos que más fáciles hallarás cuando, rompiendo las paredes de tu estrecha cárcel, te lances al mundo en busca de desconocidas regiones, es el que conduce á la vanidad, vicio feo y torpe, contra el cual es necesario que estés prevenida, porque tiene el singular privilegio de presentarse rodeado de esplendorosa luz que fascina los sentidos y enloquece el alma. La vanidad, hija mia, suele iniciarse en las niñas desde el momento mismo en que, mirándose al espejo, reconocen por vez primera los encantos de la belleza con que al cielo plugo dotarlas. No existe belleza igual en toda la creación: vuestra frente es el trono augusto de la inteligencia, realizada por el sentimiento; vuestros ojos, las ventanas del Paraíso; vuestra sonrisa, el himno misterioso con que la naturaleza saluda al Eterno; vuestro llanto, todo un poema de dolor. Parece como que á vuestro alrededor jugueteen los rayos de luz, baten sus alas los ángeles, se escuchan armonías celestiales y se

repite el eco de divinos acentos: es que acabais de salir de las manos del Creador.

Pero cuando, creciendo en años, se desarrolla vuestro sér y os haceis, por decirlo así, más humanas; cuando adquirís la conciencia plena de vuestra superioridad aquí en la tierra, entónces comienza el periodo en que la vanidad suele tomar asiento en el corazón de la mujer; entónces parece innato en ella el deseo de embellecer su cuerpo, y hasta goza contemplando su propia figura: hecho que se viene repitiendo incessantemente desde los primeros tiempos, lo mismo cuando las humildes pastorcillas salían de las cabañas para ver retratado su rostro en el cristal de la serena fuente, que cuando la elegante dama se introduce en sus dorados salones para admirarse á sí misma en el inmenso espejo que la copia de cuerpo entera; lo mismo en las costumbres toscas y sencillas de una edad anterior que en las más cultas y civilizadas de nuestra sociedad presente.

Vé, pues, cómo insensible y naturalmente, por decirlo así, la vanidad se va apoderando de las niñas, y de gradación en gradación llega, si no la corta los vuelos, á convertirse en el más torpe y desenfrenado engreimiento, como tendrás lugar de observar en el curso de estas desaliñadas líneas. Astuto, cual la serpiente, el dominio de la vanidad empieza por halagar vuestro amor propio, para de este modo dominaros luego y ejercer sobre vuestras tendencias é inclinaciones el imperio más absoluto y despótico: así es cómo la mujer, reina del mundo, queda reducida á la esclavitud de una pasión que la degrada y envilece.

¡Oh! cuando en su cabeza llega á formarse esa atmósfera de deplorable extravío, sufre menoscabo hasta en su dignidad y delicadeza, y es arrastrada fatalmente hácia el abismo del mal, causando, á la vez que su ruina, la de aquellas otras que, débiles, la siguen, á la manera que el rayo, en su veloz caída, destroza y aniquila cuanto toca.

La mujer que siente arder en su pecho el fuego de la vanidad, atiende sólo á las exigencias de su instinto egoísta y personalísimo, vive exclusivamente para ella, y se olvida de los más sagrados deberes; es, por naturaleza, ingrata y despiadada con todos, ménos con aquellos que, por adularla, fomentan en ellas los febriles devaneos é insensatas aspiraciones que la embriagan y extasían. Ella no reconoce hogar, ni familia, ni patria, ni religión, ni Dios: se adora á sí misma, inclinándose ante el soberbio pedestal que sostiene la estatua de la divinidad pagana; con quien ha soñado y sueña. Ella no da cabida en su cerebro á una idea fecunda, ni alberga en su corazón un sentimiento noble y desinteresado: así es que en vano la demandarás auxilio en un trance apurado ó la pedirás consuelo en una gran desgracia. Entregada á las atenciones que reclama el sentimiento exclusivo que la domina, y acostumbrada á vivir la vida del cuerpo, no remedia al in-

fortunado y hace poco caso de los dolores del alma.

Y si esta mujer á que me refiero, encumbrada por la fortuna, se lanza en el torbellino del gran mundo..... entónces hay que pintar el cuadro con más negros colores, con más sombría realidad; entónces.....—escusado es decirlo—su alta jerarquía social no la permitirá descender á ciertos extremos; no alargará su mano á un pobre, porque podría mancharse; no escuchará al desvalido, porque la fastidiaría su lastimero acento; huirá del mendigo, porque entre su haraposito ropaje puede muy bien ocultarse la miseria..... desprecia, en fin, el trabajo por indigno, y su ocupación es una cadena no interrumpida de goces mundanales y de ruidosos triunfos: suele dormir de día y velar de noche, porque la luz artificial hace resaltar el incentivo de su belleza y pedrería; es, en una palabra, la personificación del orgullo en todas sus manifestaciones.

No creas que exajero. El tipo que vengo bosquejando le habrás visto muchas veces lucir sus vistosas galas en magnífico carruaje tirado por hermosos caballos: allí va la viva imagen de la vanidad, voluptuosamente recostada y rebosando satánico engreimiento. Es, por ejemplo, la marquesa de T. ó la baronesa de H., con su mirada atrevida, sus movimientos desenvueltos, su actitud provocadora é incitante. Dotada de un espíritu veleidoso y superficial, es excesivamente voluble y no acierta á penetrar el fondo de las cosas. No piensa, no siente, no sabe amar: se enamora de lo fugaz y pasajero, de lo que hiere á los sentidos, de lo que lisonjea su amor propio, de lo que sirve, sobre todo, para aumentar sus encantos materiales ó añadir un nuevo adorno á la corona de sus triunfos. El oro, las piedras preciosas, las ricas joyas, el lujoso atavío..... cuanto deslumbra y ciega; hé aquí el bello ideal de sus fantásticos sueños.

Ella asiste á los bailes, al teatro, á todos aquellos lugares en que puede ostentar la esplendidez de su traje y poner en juego el atractivo irresistible de su bellísimo cuerpo, cuajado de brillantes. Tiene un palco en el Real; ¡oh, la ópera (que no entiende) la conmueve..... la llena de entusiasmo..... la electriza! Ella no citará á su casa á los pobres para darles una buena comida; pero, en cambio, estarán francas á la sociedad elegante y distinguida las puertas de su suntuoso palacio en donde celebra reuniones con asistencia también de algunos periodistas y repúblicos insignes. De este modo, la fama de su opulencia y hermosura se extiende rápidamente por toda la redondez de la tierra: los periódicos ponderan su exquisito trato y los manjares de su mesa; los oradores la ensalzan, lanzando al viento los torrentes de la inspiración, para que llegue hasta el cielo el eco sonoro de su armoniosa voz; los poetas esculpen en inmortales versos los hechiceros lineamentos de su rostro, la expresión divina, angelical de

sus hermosos y rasgados ojos, su agudeza de ingenio, su donaire, su chispeante gracia, etc., etc.

Todos aplauden á una la extravagante conducta de la baronesa, su delirio creciente, su pasión insensata hácia lo que constituye el colmo de la vanidad y de la locura. Todos se humillan ante ella y la consideran como el prototipo de la belleza, de la gracia y del buen tono: solamente el hombre juicioso y pensador, el filósofo cristiano, es el que la compadece.... porque no puede despreciarla.

Son infinitas, mi querida amiga, las manifestaciones que la vanidad ostenta en el mundo; pero basta con las que llevo apuntadas para que te formes una idea de su horroroso aspecto y huyas de ella como de algo que produce la asfixia del alma y borra la iniciativa de todo sentimiento humanitario y generoso.

La modestia, la castidad, la compasión, el amor, la caridad cristiana..... todas estas virtudes, armonizadas con el sentimiento de la más severa dignidad, han de ser tu norte y guía, aunque tengas que respirar con el tiempo la densa atmósfera que se produce en el seno del gran mundo. ¡Oh! La vida no es la mansión del placer y la alegría únicamente; es también la mansión del dolor y de la tristeza.

Vivir es pensar, sentir y querer, gozar y sufrir, reír y llorar. No lo olvides, hija mía, y hasta la próxima epístola se despide de tí con beso de..... pensamiento que te envía tu amigo de corazón

A. Carrasco y Alvarez

ALFONSO I

Bajo el poder sarraceno
gemía un pueblo cristiano,
en su amada independencia
y en su libertad pensando.
Pueblo de excelentes hijos,
tan sufridos como bravos,
tan creyentes como nobles,
tan firmes como arriesgados:
pueblo que desde su infancia
peleó con entusiasmo
contra cualquier invasor
que pretendió abrirse paso;
y pueblo, en fin, tan sin par,
de valor tan temerario,
que consintió en sus ciudades,
por dobles fuerzas cercado,
consumirse entre las llamas
antes que envolverse en fango,
y sucumbir como mártir
antes que vivir esclavo.
No eran entonces los hombres
amigos de obtener mandos
y distinciones y honores
y privilegios y grados.
Eran ínclitos guerreros
de su patria tan avaros,
como justos en la paz,
como en la lucha esforzados.
De su suelo en la defensa
jamás temblaban sus manos,

ni hacían reír al mundo
con disensiones ni bandos;
pues al ser hijos de España
llamábanse sólo hermanos,
y cuando la madre es buena,
¿quién la ha de negar sus brazos?
Por eso, reflexionaban
con tristeza y sin descanso,
sobre su contraria suerte,
sobre sus perdidos láuros;
y al recordar los mil triunfos
y los blasones preclaros
que á costa de tantas luchas
habían, firmes, logrado
con la constancia sublime
de los antiguos hispanos,
ardían en más deseos
de volver á renovarlos;
pues nunca permitió el cielo
que sin duelos ni quebrantos,
sobre los hombres leales
domináran los malvados.
Veíase en lontananza
brillar, purísimo y claro,
un nuevo sol, que venía
las tinieblas disipando:
Sol que ilumina las almas,
Sol que abate á los tiranos,
Sol que dá fuerzas al pueblo
para seguir avanzando;
y á los intensos destellos
que irradiaban de aquel astro,
una nación despertaba
para vengar mil agravios;
pero con tanta impaciencia,
con tal fé, con valor tanto,
que hasta mujeres y niños,
corrían, como soldados,
á defender sus creencias,
á recobrar lo usurpado,
á luchar como españoles
y á morir como cristianos.
¡Lucha de la Reconquista,
nacida entre los peñascos
de las montañas de Asturias,
de aquel país envidiado!
¡Cuántas veces fuiste ejemplo
de heroísmo sacrosanto
para todas las naciones
que al yugo ajeno callaron!
¡Cuántas veces en la Historia
está tu nombre citado
como el más noble modelo
de virtud y de amor pátrio!
Tronos fueron tus montañas,
donde un día se sentaron
el Valor y la Victoria
en consorcio enamorado.
El sol bajó á coronarle,
precedido de mil astros
que de gloriosa diadema
te sirvieron engarzados.
Trovadores pajarillos
fueron tus triunfos cantando;
frescas flores te vistieron,
dulces ríos te besaron;
conmoviéronse tus riscos
al gran combate llamando;
roncas las olas del mar
á tus plantas se estrellaron;
y hasta el cielo descendió
á ser tu dosel sagrado,
que sólo el cielo podía
ser, de tus grandezas, manto.
En tí, refugio bendito,
invicto suelo asturiano,
nació la idea más noble,
se ganó el timbre más alto.
En tí despuntó la aurora
á cuyos fulgores gratos,
los vencedores, temieron,
los vencidos, confiaron.
En tí, para un necio conde,

y un traidor obispo falso,
hubo en Covadonga, Pátria,
y en la Pátria, un Don Pelayo.
Jigante de aquella edad,
atleta ante cuyo rasgo
una raza de titanes
volvió la espalda temblando.
A su muerte, subió al Trono
su hijo Favila nombrado,
pero reinó poco tiempo
por cierto percance infausto:
sucedíó, según refieren
crónicas de aquellos años,
que en una gran cacería,
hallándose descuidado,
fué por un terrible oso,
al cual iban acosando
algunos ojeadores,
vencido y despedazado.
Muriendo sin sucesión,
para el Trono designaron
á Don Alfonso primero,
con Hormesinda casado;
pues hermana de Favila
é hija de Don Pelayo,
nadie, con mejor derecho,
podría al fin heredarlos.
De los Reyes visigodos
descendiente respetado
y del duque de Cantabria
hijo noble y fiel retrato,
había de ser Alfonso
Monarca considerado
en la corte como angel,
en la guerra como bravo.
Jamás de su regio Alcázar
salió el pobre disgustado,
pues más que Rey, era padre
para todos sus vasallos;
y aliviar una desgracia,
ó enjugar un solo llanto,
eran todos los anhelos
de su corazón magnánimo.
Reflexivo como pocos,
sencillo, prudente y sabio,
nunca en luchas desiguales
arriesgaba á sus soldados;
pues como jefe de todos
comprendía demasiado
que son los guerreros, hijos
que van de un padre al amparo;
y cada gota de sangre
vertida sin meditarlo
es una mancha en el alma
que la está siempre aterrando,
como aquel remordimiento
que persigue al insensato
desde que comete un crimen
aunque consiga ocultarlo.
Rey, en cuyo corazón
estaban aposentados
el perdón para el vencido
y el amor para el vasallo.
Creyente, humilde y sincero,
corazón siempre agitado,
deseoso de conquistas
y la lucha deseando,
si una ciudad arrancaba
á su aguerrido contrario,
léjos de sembrar la muerte,
sembraba el bien sin descanso.
Su ambición era hacer Pátria,
arraigar Fé su entusiasmo.
y con la Pátria y la Fé
se obtienen triunfos tan altos,
que no puede haber con ellas
ni pueblos hechos pedazos,
ni caudillos que vacilen,
ni ejércitos derrotados.
Por eso, constantemente
las llanuras devastando,
á refugiarse con él
obligaba á los cristianos;

y así, creciendo su fama
y sus fuerzas aumentando,
unió parte de Galicia
á su reino codiciado.
Recorrió la Lusitania
hasta el Duero, y animado,
penetró Alfonso en Castilla
muchas tierras conquistando.
¡Obra grande fué la suya,
pues duró diez y ocho años!
Pero halló la recompensa
que, sin duda, hubo soñado,
porque en pós de tantas guerras
decidió pensar en algo
que de perpétua memoria
sirviera á su reino amado;
y así, el resto de sus días,
consagrándole al trabajo,
mereció por todo el pueblo,
de *Católico* el dictado.
Después, creando colonias
y Monasterios fundando,
todos con sus propias rentas
sostenidos y dotados,
hizo que la hermosa Fé
promulgada en el Calvario
se extendiera y arraigara
en los pechos asturianos.
Después, para contener
á los árabes osados,
levantó mil fortalezas,
premió á sus buenos soldados,
y cumplida la misión
de Rey católico y bravo,
en Cangas entregó el alma
á su Dios, el buen anciano. (1)
Tal fué la preciosa vida
de aquel hombre que, luchando,
dió á la Pátria la evidencia
de su amor, siempre probado.
Él conservó la bandera
que le legó Don Pelayo,
no colgada en el Alcázar
para servir de sarcasmo,
sinó siempre en el combate
viejas glorias renovando,
y cubriendo el pobre reino
bajo sus pliegues sagrados,
como la madre al buen hijo
cubre amante en su regazo.

(Fronizado) de Archonelo

Independientemente del profundo respeto y consideración que nos merece su augusta autora, reproducimos gustosos la siguiente inspiradísima poesía, por el mérito que encierra y la copia de sentimiento que atesora, seguros de que nuestros lectores verán palpar, á través de ella, un alma grande y elevada:

AL BORDE DEL MAR (2)

Aquel que tenga alegrías
Ó le agobien los pesares
De la vida en los azares,
¡Que se vaya junto al mar!
Que allí se respira algo
De grandioso y de infinito,
Algo que nunca se ha escrito,
Que no se puede contar.

Allí se vé retratada
La imágen de un Sér divino;

(1) En 756, á los 64 años de edad.

(2) Es original de S. A. R. la Infanta Doña María de la Paz.

Allí no hay nada mezquino,
Pues revela al Creador;
Yo le respeto furioso
Y lo contemplo en la calma,
Porque allí, se siente el alma
Elevarse hácia el Señor.

Todos allí reconocen
La mano de un Sér potente,
Y al elemento imponente
No se lanzan sin rezar;
Que si hay muchas religiones
Y hay descreídos en tierra,
Si hay gente á quien nada aterra,
No hay ateos en la mar.

Y en el navío más grande
Ó barca de más pobreza,
Todos bajan la cabeza
Al toque de la oración;
Porque sólo es grande el hombre
Que tiene el alma elevada,
Y el alma no vale nada
Si no tiene religión.

(De *La Semana Madrileña*.)

NUESTRO GRABADO

EL que hoy ofrecemos á las tiernas inteligencias de nuestros jóvenes lectores, representa el interior de la magnífica Basílica de San Pedro, en Roma.

No pretendemos—ni nos fuera posible tampoco, dadas las condiciones de nuestra publicación—hacer la reseña histórica de tan monumental edificio, ni aún siquiera presentar una breve descripción de sus partes para poder dar después una idea más ó menos aproximada del grandioso aspecto que ofrece su conjunto.

Tarea sería esta superior á nuestras escasas fuerzas, y que para llevarla á feliz término, necesitaríamos contar con más espacio del que disponer podemos en las columnas de LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS.

Nuestro cometido, pues, se reduce á explicar algunas de las principales partes de que consta la gran Basílica, para que los niños tengan algún guía que los conduzca á través del edificio cuando, mirando el grabado, penetren mentalmente en su interior.

Éntrase en el augusto recinto por cinco puertas diferentes, y ya desde el vestíbulo se nota que otras cinco, correspondientes á las primeras, dán paso al interior de la Basílica.

En primer lugar, nos encontramos con la puerta *Santa*, á la que sigue la denominada *Central*. A la extremidad del vestíbulo, y en el costado septentrional, está la capilla de *Las Angustias*, á la que siguen inmediatamente las de *San Sebastián* y del *Sacramento*.

En el costado meridional se presentan luégo á nuestra vista la *Clementina*, la del *Coro*, la de la *Presentación* y la del *Bautismo*.

En el centro de las pechinas se destacan majestuosamente cuatro figuras colosales

representando los cuatro *Evangelistas*, y sobre el friso del cornisamento la conocida inscripción: *Tu es Petrus et super hanc petram*, etc.

Tales son, trazados á grandes rasgos, los principales elementos de que se compone la Iglesia de San Pedro, en Roma. En todo el edificio predomina el orden arquitectónico, aunque no es exclusivo.

Según algunos críticos, la magnífica Basílica, como monumento, resulta pesado en demasia, sin que en los detalles pueda competir con las catedrales góticas y sin que brille en ella el arte cristiano como en los edificios de la Edad Media. Para otros es el *non plus ultra* de las creaciones de este género.

S. M.

LA EMANCIPACION DE LA MUJER

A MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO EN LA PRENSA
DON ANTONIO CARRASCO Y ALVAREZ

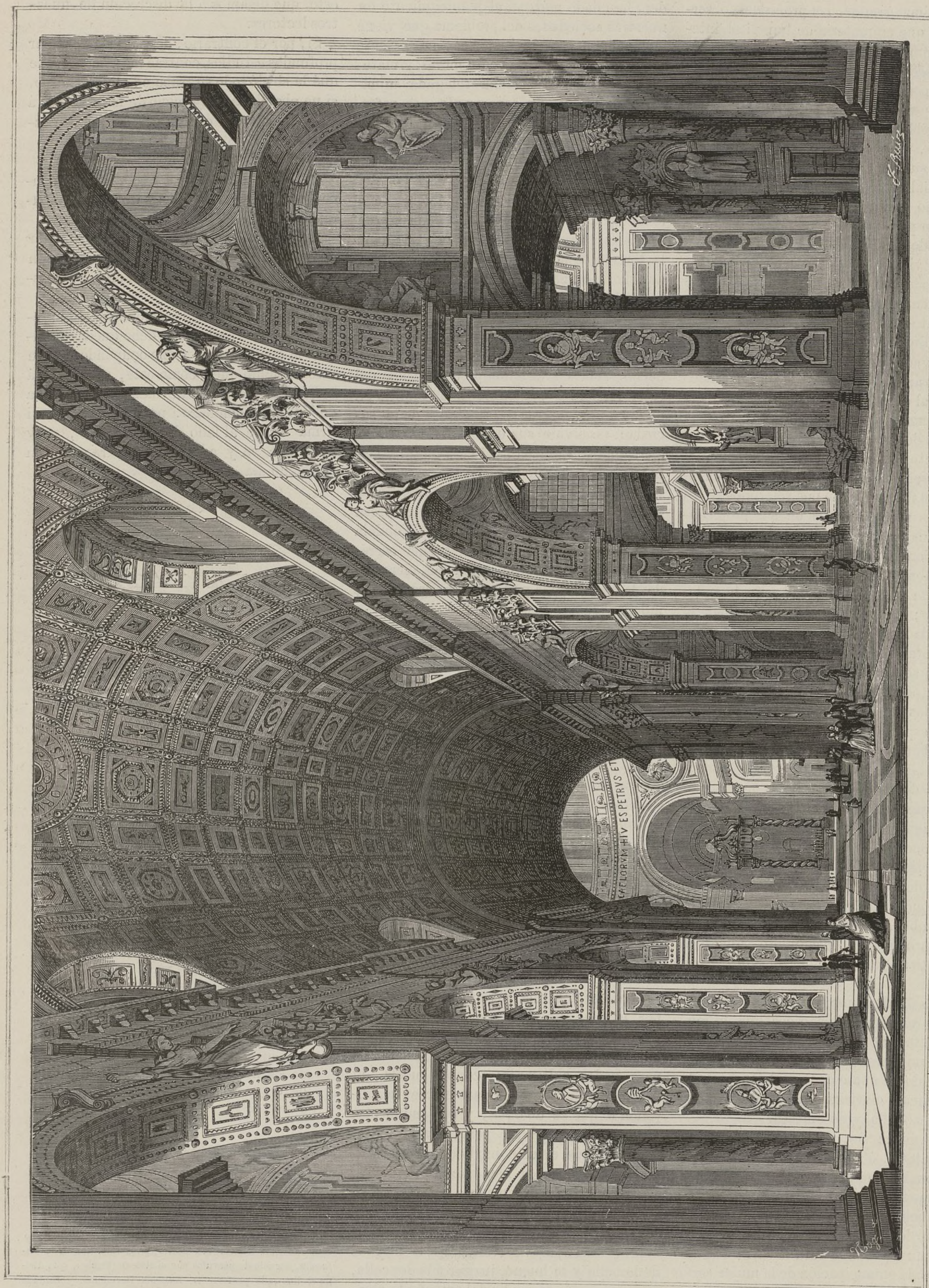
PERMÍTAME Vd., amigo mio, le dedique este pobre trabajo que, refundido y ampliado con nuevas ideas, doy nuevamente á la prensa, y por vez primera á la de Madrid.

El incremento que, en nuestra querida pátria van alcanzando las cuestiones relativas á la emancipación de la mujer, cuestiones cuya prudente solución deseo con toda mi alma y espero impaciente, me sugirió la idea de trazar estos desaliñados renglones, fiel plasticidad de los pensamientos desinteresados de todo punto que sobre el particular se me ocurren, y que tengo el honor de enviar á LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS, por juzgar que si á estos, en primer término, deben ir dirigidos los trabajos que en ella figuren, no es, ni mucho menos importuno, hablar también á los padres, quienes, formando la opinión pública, deben ser, sin duda alguna, los llamados á resolver con plausible tino este enmarañado problema de tan altísima importancia filosófica y social, á la vez que moral.

Vamos, pues, en ayuda de los jefes de la familia al presentar las consideraciones á que desde este instante damos comienzo.

Como los hechos, cualesquiera que sean sus caracteres, nunca son hijos del acaso, sino que nacen—y esto es ley indeclinable y constante—merced á la acción de ciertas causas, siquiera escapen á nuestra penetración más ó menos limitada, podemos asignar á la idea de la emancipación de la mujer tres causas: de carácter filosófico la una, histórico la segunda y social la tercera.

Demostrada por la ciencia—hé aquí la primera de las supradichas causas—la unidad de la especie humana, y demostrada también la comprensión de ambos sexos dentro del género *Homo sapiens* del inmortal naturalista Linneo, se ha afirmado, con una lógica sofisticada, la igualdad



INTERIOR DE LA BASÍLICA DE SAN PEDRO EN ROMA

absoluta del varón y la hembra, sin atender, ¡lástima grande! las profundas observaciones que en materia de tan vital interés nos suministran las ciencias antropológicas, observaciones que sucintamente vamos á exponer, con exclusión de las comprendidas en la Anatomía humana, por ser más tangibles, concretándonos á aquellas otras que, emanadas de la Psicología, y á causa de su discutibilidad unida á su carácter esencial con relación al asunto que nos ocupa, no dudamos un punto en afirmar destruyen por sí solas la veracidad del lema proclamado de la igualdad sexual, bajo el punto de vista anímico, ostentado por algunos modernos reformistas en el admirable estandarte de la civilización europea en la presente centuria.

«Las almas, dice un moderno pensador, tienen su sexo, como los cuerpos; Dios las creó por parejas, haciéndolas hombre y mujer, lo cual quiere decir que el alma humana puede tener, y en efecto tiene, diversa actividad de esencia.»

En efecto, las diferencias psíquicas pueden reducirse, según la opinión acertadísima del filósofo á que nos referimos, á los caracteres predominantes de sus propiedades, de sus facultades, de su desarrollo, de sus relaciones y de la vida en general.

El hombre está caracterizado por el predominio de la espontaneidad y de la independencia; la mujer por el predominio de la receptividad y de la continuidad en la vida. La espontaneidad y receptividad se hallan en ambos sexos, y no faltan en ningún ser limitado; pero pueden estar desigualmente distribuidos en los individuos, equilibrándose en la especie.

En el hombre, el desarrollo es más analítico; en la mujer más sintético, bajo el doble punto de vista psico-orgánico.

El pensamiento predomina en el hombre, el sentimiento en la mujer, caracteres que coinciden con los anteriores, porque el pensamiento marca la actividad analítica y espontánea del alma, y el sentimiento su actividad condicional y sintética.

El hombre, finalmente, desarrolla sus sentimientos por el pensamiento, mientras la mujer tiende á desarrollar su espíritu por el corazón.

Además, reflexionando maduramente sobre los caracteres psicológicos que la mujer presenta, no nos pasará desapercibida una aptitud marcadísima para la vida familiar, al lado de una como repulsión hacia la vida pública, clarísimo indicio de hallarse su fin en aquella y no en esta.

Ahora bien; no siendo sus aptitudes idénticas total, ó al menos esencialmente, á las del hombre, no pueden serlo sus inclinaciones, pues estas son siempre á modo de eflorescencias de aquellas.

De todo lo cual se desprende esta consecuencia muy preciosa para la causa que defendemos: la emancipación de la mujer sería la violación de las leyes de su naturaleza.

La enunciamos sin comentarla.

Otra de las causas que, á nuestro entender, han dado margen al planteamiento en nuestras sociedades del problema que viene ocupándonos, es la histórica, consistente en el estado de degradación moral y material á que la mujer estaba relegada; injusticia que tratan de reparar algunos reformistas de nuestros tiempos, ya que los hombres del pasado fueron tan tiranos para con la más bella mitad del género humano.

La poca importancia de este motivo, alegado por algunos escritores en defensa de la emancipación de la mujer, nos dispensa de refutarle, para considerar con más atención la tercera de las causas que hemos apuntado, la de carácter social.

Bajo este punto de vista, algunos defensores de la idea que impugnamos, argumentan en términos semejantes á estos: «Se quiere que la mujer, á quien la fatalidad ha dejado sola en el mundo, desposeída del calor vivífero y edificante de la familia en medio de las negras tempestades de la sociedad, no olvide sus deberes más íntimos, apartándose valerosamente del fango venenoso y corroedor de la perdición; pero, ¿qué medios poderosos, qué mágicas fuerzas se la conceden para dar feliz cima á empresa tan verdaderamente heroica, si, dejándola sumida en la ignorancia, déjansela cerradas las puertas de toda ocupación, ejerciendo la cual, vivir pudiera con desahogo é independencia?»

Esta objeción es más bien aparente que real; reflexionando sobre ella, vemos desvanecerse poco á poco su galvánica fuerza, por fundarse en las excepciones haciendo caso omiso de la regla general. Ciertamente que la huérfana y viuda pobres son, por punto general, las víctimas de la desgracia; pero no es menos cierto que tan desdichadas figuras son excepcionales, pues la regla general, repetimos, es la constitución de la familia, en que, con distinto carácter, es factor la inmensa mayoría de las mujeres.

No podemos menos de confesar que la sociedad que pudiese preverlo todo, sería más perfecta que las actuales; pero, ¿dónde está esa sociedad?

La emancipación de la mujer y el matrimonio, son dos ideas que se excluyen. Probémoslo.

Supongamos una joven de gran afición por la vida pública, en cualquiera de sus manifestaciones, dotada á la vez de clarísima inteligencia y con medios suficientes para poder cultivarla; concedámosla, al propio tiempo, derecho para ejercer la profesión á que se dedique, y esto supuesto, supongamos también permanece soltera, colocándonos de este modo en el más ventajoso lugar para la idea que impugnamos. Consecuencias..... ninguna apuntaremos, porque, examinando la cuestión bajo esta base, sólo le es dado al pensamiento volar con libertad, para, elevándose á la morada de lo bello y lo bueno, juzgar á la doncella, fría, impassible en medio del empañado oleaje que forma la constante marea de la socie-

dad. La pluma se resiste á consignar todo esto, que dejamos á la discreción de nuestros lectores.

Si, por el contrario, después de verificar profundos estudios, contrae matrimonio, ¿de qué la sirvió todo su trabajo? ¿Puede acaso, si no abandona el ejercicio de la profesión á que se dedicara, cuidar del hogar doméstico?

Imposible.

Hé aquí por qué se excluyen los conceptos de esposa ó madre y de mujer emancipada.

Apenas hacemos otra cosa que enunciar dicha prueba, pues por lo vulgar, está tan al alcance de todos, que sería enojoso insistir sobre ella.

Hechas estas consideraciones, estudiaremos á lo que realmente debe quedar reducida la cuestión que viene ocupándonos, en otro artículo que, como este, sólo deberá su publicación á la benevolencia inmerecida de Vd. para conmigo, permitiendo que mi firma figure al lado de su nombre, muy apreciado ya y admirado seguramente en no lejano día.

Pedro Sanchez Marín

Á LA PÁTRIA

HIMNO (1)

CORO

*De la patria cantemos la gloria
con ferviente entusiasmo y ardor,
de esta patria, que ostenta en la Historia
explendente y glorioso blasón.*

ESTROFAS

I

Del magnífico sol refulgente
aquí vimos primero la luz,
y elevamos el alma ferviente
al altar de la hermosa virtud.

II

Patria amada en que el beso primero
nuestra madre nos dió con placer;
do sentimos su amor verdadero,
puro amor inspirado en el bien.

III

Nuestras almas aún sienten el canto
que vibrando en el éter está,
de los vates que fueron su encanto,
de los génios de fama eternal.

IV

Bajo el manto azulado del cielo
que embellece el hispano confín,
gira y vaga con mágico vuelo
el titánico aliento del Cid.

(1) Este Himno ha sido puesto en música por el inspirado compositor Sr. Gerada, con destino á los *Jardines de la Infancia*, Escuela de párvulos por el sistema Fröbel, que dirige el ilustrado profesor D. Eugenio Bartolomé, y cantado por los alumnos de la misma en la primera Exposición de aves y flores celebrada en los Jardines del Bue n Retiro.

V

Otro mundo en los brazos de Atlante
nuestra patria feliz descubrió;
¡gloria, gloria á la empresa gigante
del espíritu audaz de Colón!....

VI

En la mente del hijo de España
de mil héroes los nombres están;
cada pueblo recuerda una hazaña,
cada piedra algún hecho inmortal.

CORO

*De la patria cantemos la gloria
con ferviente entusiasmo y ardor;
de esta patria, que ostenta en la Historia
explendente y glorioso blasón.*

Diego Vidal

A ***

Si la belleza es el dón
que te dió Naturaleza,
admira tú la belleza
que nace del corazón:
aquella tiene por palma
volver á ser polvo inerte;
tornar á Dios es la suerte
de la belleza del alma.

M. Algora

LA GRANDEZA DE DIOS

Omnia sapientia est a Deo.

A sí como el arrojito del que empresa alguna acomete es tanto mayor cuanto más reducidos son los medios con que para desarrollarla cuenta, no lo es menor el del que con tan exiguos recursos de ingenio pretende tratar, con la amplitud y conocimientos debidos, la tan árdua como interesante materia que nos ocupa. Supla á nuestra incompetencia el buen deseo que nos anima, y disculpe nuestro atrevimiento la acendrada y pura fé que á ello nos alienta, porque si es cierto que son pigmeas nuestras fuerzas y titánico el trabajo, es, sin embargo, gigante el corazón, cuando de cantar la excelsa y sublime grandeza del Creador se trata.

Un voluminoso in-folio no bastará á tratar con la extensión que reclama objeto tan bello como elevado; pero ni el carácter de la publicación, en exclusivo destinada á la niñez, ni el breve espacio de que disponemos, nos permiten así hacerlo por no rebasar los límites estrechos de un artículo. Nos concretaremos, pues, á hacer tan sólo un ligero y conciso bosquejo sobre el particular, por no ser otro nuestro objeto que presentar de un modo claro y diáfano, como la luz, á los ojos de nuestros jóvenes lectores la suprema é infinita grandeza del Sublime Hacedor de lo creado.

Surge, al tratar este punto, indiscutiblemente como primera cuestión la de su existencia. ¿Existe Dios? Atrevida en verdad

parece esta pregunta; mas nunca fuera de lugar, porque alguien lo dudó, incurriendo en la notable contradicción de aceptar la existencia de la obra, negando la del Autor, cosa que, á la verdad, no se concibe, porque, ¿cómo dudar de la existencia de un Dios misericordioso y grande que de continuo vela por el triste, llevando á su alma, de dolor transida, el néctar divino del consuelo? ¿Cómo dudar de lo que vemos, si se le vé en la aurora y en el ocaso, en el poético mar surcado por estelas fosforescentes, en la tierna música de las brisas como en el imponente cuanto sublime estruendo de las tempestades, y en todo, en fin, se advierte impreso su deslumbrante sello de grandeza?

Mas aún; en la cambiante escena de la Historia, cuyos hechos repiten sin cesar los siglos; en el combate eterno entre el bien y el mal; en las manifestaciones todas del espíritu; en la tan ideal como embriagadora poesía, que tiene algo de la ola que se hace espuma, de la luz que se quiebra en colores y de la flor que se disuelve en aromas, la intuición le presiente, el alma le adivina como Creador eterno y soberana Providencia.

Y en la ley moral, ¿qué son esos hermosos sentimientos que ennoblecen el alma, la virtud, por ejemplo, la caridad, el amor la hermosa y radiante fé que en este mundo nos guía á la manera que guía la estrella polar al intrépido navegante que surca los mares? ¿Qué son, repetimos, más que divinos efluvios de su rica esencia?

¿Qué sentimientos mueven el corazón del misionero que arrostra toda clase de obstáculos por llevar las almas á la luz, y el de la cariñosa y tierna Hermana de la Caridad que prodiga su consoladora ayuda al desvalido y moribundo, más que los nobles y levantados que les inspiran la caridad y la fé, hijas ambas de la grandeza del Dios Todopoderoso que rige las esferas?

¿Cómo, pues, no reconocer en todo su presencia, si en el arte la fantasía le contempla como eterna belleza y permanente revelación; la fé le adora al través de las nubes de incienso y fervorosas plegarias; la razón le reconoce como fuente divina de inspiración sublime, y el sentimiento perenne de nuestra inmortalidad nos le hace aparecer como angélica visión consoladora de nuestra desventurada existencia?

¡Oh! Si existe, aunque la limitadísima inteligencia humana no le comprenda tal como es. Existe, sí, aunque el mísero orgullo de los hombres le niegue, porque contra su misma nulidad é ignorancia se estrella al intentar siquiera conocer la divina esencia de ese Omnipotente é incomprensible Sér, más grande, más sublime y más perfecto que el grado último de perfección, sublimidad y grandeza al hombre concebibles.

La humanidad, con todo su orgullo y ciega confianza en la tan decantada ciencia, no alcanza el *por qué* de nada; cuando más,

el *cómo*; y no sólo no puede crear ni una sola hoja, ni un grano de arena, sino que tampoco le es dado comprender cómo existen las hojas de los árboles ni las arenas del mar, así como el por qué de la existencia del calor, de la luz y de la electricidad; de esos maravillosos agentes, etéreos é impalpables como su Divino Autor, cuyas fuerzas el hombre utiliza, pero cuya esencia el hombre desconoce por ser demasiado grande la idea de Dios para caber en el cerebro humano, consiguiendo tan sólo el que averiguarlo pretende, terminar confesando, al par que su pequeñez, la gloria, grandeza y poderío del Eterno.

Pues si nos elevamos por un instante á la pura región del firmamento, en donde los astros giran, y contemplamos las sublimes armonías de los inmensos sistemas planetarios, en que los soles se cuentan por cientos de millares, y por miles de millones los planetas que de ellos reciben torrentes de luz, ¿cómo no reconocer en ello el divino soplo creador de Dios y la sublime majestad y omnipotencia del Altísimo? Y si consideramos que á nuestro planeta le separa del sol la enorme distancia de 37 millones de leguas, y que hay planeta, como Neptuno, que dista 1.110 millones de leguas de la tierra, y que, por fin, esos miles de estrellas que divisamos en la infinita capa azul del cielo, son otros tantos mundos, tan grandes, tan ardientes, tan luminosos como el sol que nos alumbra, pero que parecen puntos por la fabulosa distancia que de nosotros los separa, hasta el extremo de haber estrella que tarda medio siglo en mandarnos su luz, la imaginación se anubla, se anonada el espíritu, el vértigo se apodera de nosotros, y asusta, en fin, el considerar que, no el individuo, sino el mundo todo en que habitamos, está, respecto de la creación, en la increíble proporción de un grano de arena en el desierto de Sahara ó de una gota de agua en la inmensidad del Océano.

¿A quién, pues, sino á un Sér infinitamente grande y poderoso le es posible infundir su prodigioso aliento á esa inmensidad de mundos, fatigados en sus eternas parábolas á influjo de las tan para nosotros misteriosas fuerzas de atracción y repulsión que el Universo rigen?

Es imposible, pues, dudar racionalmente de la existencia y magnanimidad y poder de un Juez Eterno, rica é inagotable fuente de grandeza y misericordia, tan necesaria á los desventurados seres de la tierra, que en sus fugaces dichas, como en sus acerbos dolores, elevan á él sus tiernas plegarias, diciéndole con el Santo Rey salmista: *Miserere mei Domine, secundum magnam misericordiam tuam*. Y, en una palabra, y como síntesis de todo lo dicho, es absolutamente imposible contemplar la creación sin decir: ¡Dios es grande! ¡Dios es Omnipotente! ¡Creo en Dios!

Eugenio Manuel Gama

EL ETERNO MÁS ALLÁ

Sale el hombre de la infancia,
de la vida alba radiante,
y lanza mirada errante
impávido por do quier;
mil formas encantadoras,
fascinantes, vé á lo lejos,
cuyos mágicos reflejos
simbolizan el placer.

Sonríe el adolescente
al divisar de improviso
el eterno paraíso
que realiza su ilusión,
y lanza, como las aves
que surcan la azul esfera,
vertiginosa carrera
á su nueva creación.

Desconocidas beldades
en su derredor se agitan
y nácia él se precipitan
sonriendo sin cesar;
á todos coger quisiera
el hombre; corre y se agita,
como si juguete fuera
de las ondas de la mar.

Deidades de nieve y fuego
ora huyen, ora se acercan,
y en grupos diversos cercan
su loca imaginación:
son las pasiones del mundo
que sus bellezas ostentan,
y á su vista se presentan
en revuelta confusión.

Ambición, amor, riquezas,
poder, glorias, fama, honores,
en surcos de luz y flores
vé el hombre en la inmensidad;
y en su delirio de goces
grita loco, entusiasmado:
—«Venid, diosas, á mi lado
»que sois la felicidad.»

Trepa el hombre hácia la cumbre
de aquella nueva existencia,
y padece su conciencia
un terrible malestar;
porque escapan las deidades
que crearon sus antojos,
y por senderos de abrojos
tiene á veces que pasar.

Mas el mortal que en su fiebre
de dicha, alcanzarlas quiere,
lucha, y á veces muere,
otras vence su tesón;
pero su triunfo es efímero,
porque es un vencer sin fruto
que llena de sangre y luto
su insaciable corazón.

A la vejez llega el hombre
con el mundo en lucha fiera,
realizando en su carrera
su acariciada ilusión;
alcanzó poder, riquezas,
alcanzó fama y honores,
alcanzó gloria y amores
y otros sueños de ambición.

Y, sin embargo, la dicha
no se pinta en su semblante;
se parece al caminante
que el largo camino erró;
se cansa, y volver quisiera
á emprender nuevo camino;
pero el reloj del destino
su postrer hora anunció.

Y discurre, y piensa, y llora,
porque se halla en el desierto
de la vida, porque ha muerto
su sensible corazón;
ni ama, ni siente, ni espera,
es, cual la arena abrasada
del Sahara, sólo agitada
por el soberbio aquilón.

Y dice: «¿Qué me sirvieron
»amores, poder, riquezas,
»si eran miserables flaquezas
»de la pobre humanidad?
»¿Qué vale el goce del mundo,
»si empieza á la vez que acaba;
»y yo, loco, ambicionaba
»eterna felicidad.

«¿Dónde se hallan las beldades
»vistas por mi fantasía?
»¿eran sólo ficción mía?
»¿fué mentira lo que ví?
»Inmenso placer ansiaba,
»y todo lo hallé finito,
»¿dónde se halla el infinito?
y dijo una voz:—¡Aquí!

«—¿Quién eres, beldad modesta
»que no te ví en mi presencia?
»quién eres:—«¿Yo soy la ciencia,»
la misma voz contestó.
«—La ciencia, que ajena siempre
»á mundanas vanidades,
»desconocidas verdades
»á los hombres enseñó.

«El gozar de las pasiones
»sólo es un goce finito;
»la ciencia es el infinito,
»y en ella está la verdad;
»es más inmensa que el mundo
»y á lo inmenso al hombre lleva,
»pues del hombre á Dios se eleva,
»y Dios es la inmensidad.»

Sale el hombre de la infancia
de la vida alba radiante,
y lanza mirada errante
sin saber á dónde va;
deje livianas beldades
que giran en su preseneia,
y siga sólo á la ciencia
que es eterno más allá.

Francisco Valldivi y Fuster

¡POBRE BLANCA!

Á LOS INFANTILES LECTORES DE ESTA REVISTA

I

Si veis una jovencita, de andar gracioso, pié menudito, talle flexible, cutis fino, excesivamente pálido, ojos negros como la endrina, de mirada dulce, tranquila, penetrante, velados por cejas y pestañas de color azabache, boca algún tanto grande, pero caprichosa, nariz roma y lijeramente melancólica, no dudeis, es Blanca.

Es la modesta, la cariñosa Blanquita; el ángel de la *Enramada*, como la llamaban en Jijona. ¿No has estado nunca en este delicioso pueblecito?....

¡Ah! pues es muy lindo; figúrate, mi querido lector, una pequeña aldea, pues este nombre merece, que dista poquísimas leguas de Alicante. Las casas son todas de un piso nada más, y, por lo regular, nuevas; de modo que, de lejos, presenta un golpe de vista magnífico, pues siendo las viviendas blancas, parecen bandadas de palomas.

Un pequeño río (que más bien podría llamarse arroyo) riega este monísimo pueblo.

Está rodeado por todas partes de frondosos árboles, medio caídos por no poder contener tanto fruto; véanse á menudo cristalinas fuentes, donde las avecillas apagan su sed.

Es sorprendente salir á dar un paseo con el libro y lápiz ó pincel, que también para los pintores tiene atractivos Jijona, y sentarse debajo de una acacia á contemplar la majestad de la naturaleza.

Por ejemplo, cuando despunta el alba; cuando los alegres y risueños pajaritos saludan á la aurora con su dulce y armoniosa voz, quien, sonriendo graciosamente, los acaricia; cuando abren sus pétalos la flores que reciben el primer beso de su cariñosa madre la brisa; cuando la azucena altiva se columpia en su tallo negligentemente, ó cuando las parleras avecillas murmuran al oído frases de amor. Es sorprendente, pues, tanta poesía.

Y después, cuando aparece en el horizonte diáfano, radiante y lleno de majestad el rubicundo rey de los astros, quien, rasgando el flexible velo que le envuelve, esparce sus resplandecientes rayos, dando alegría á los campos, valles, llanuras y montañas.... ¡Ah! ¿qué alma no se conmueve ante espectáculo tan maravilloso? ¿qué corazón, por empedernido que sea, no siente un *algo extraño*, algo que le dice: «Arrodíllate y ora; ora en silencio y bendice á tu Criador....»

¡Dios mío! la autora de estas pobres líneas te saluda.... y te bendice! Pero me voy alejando demasiado del asunto que me propongo desarrollar.

Adamina Barrios

(SE CONCLUIRÁ.)

LA CALUMNIA

Así como el manantial,
pobre y humilde al nacer,
suele á veces cuna ser
del río de más caudal;
así la calumnia crece,
se ajiganta y cobra vida,
por más que sólo aparece
en almas pobres, nacida.

Eugenio Manóvil

MADRID --1883

IMPRENTA DE P. NOZAR
CALLE DE LAS HUERTAS, 59